

UNA AMERICA VERDADERAMENTE LATINA:
LOS HISTORIADORES ROMANOS Y EL INCA GARCILASO
EN LA PERSPECTIVA DE G. DUMEZIL

Claire y Jean-Marie Paillet
Universidad de Toulouse

Ya empiezan a apreciarse la importancia y los efectos de la revolución introducida por Georges Dumézil en la lectura de los textos, mitos y estructuras de las sociedades antiguas. La riqueza de su contribución no se agotó con la desaparición del creador de la mitología comparada, pero están menudeando las advertencias frente a excesos de toda laya perpetrados por epígonos más o menos legítimos. El mismo Dumézil se negó rotundamente a ser fiador de cualquier generalización supuestamente filosófica, tanto como de cualquier intemperancia metodológica o, peor, de recuperaciones políticas. Recalcó los estrictos límites de análisis y procedimientos que sólo se pueden aplicar a estructuras que se descubren en textos procedentes de sociedades arcaicas indo-europeas, y susceptibles, por ende, de un acercamiento comparativo.

¿Será pues una paradoja, incluso una empresa sin sentido, interponer el cedazo de la mitología comparada entre el cronista mestizo Garcilaso de la Vega y la historia de los Incas, objeto de los *Comentarios reales* que publica en el año 1609? Una sociedad antigua, pero no indo-europea; un escritor moderno occidental; la ausencia de elementos de comparación, si se recuerda la diferencia que separa la obra de Garcilaso de la del otro gran cronista peruano Guamán Poma de Ayala: esta serie de datos, al parecer, condena de antemano dicha tentativa.

Nuestro trabajo, fruto de la conjunción de una crítica literaria y de un historiador de la Antigüedad clásica, tiene límites bien claros, aunque deba provocar alguna polémica al subrayar la "latinidad" del primer gran escritor e historiador de Sudamérica. Nuestro punto de partida estriba en una comparación: Garcilaso presenta, lo mismo que Tito Livio para los reyes de Roma, una visión estructurada de los primeros reinados incas, aun cuando, seguramente, no disponía sobre este particular de materiales más abundantes ni fidedignos que los del historiador latino. Impregnado con la herencia antigua que domina la cultura hispánica de su tiempo, y no menos deseoso que Tito Livio de engrandecer el objeto de su estudio, ¿no tomó acaso el Inca de sus lecturas antiguas un esquema de exposición cuya fuente indo-europea G. Dumézil dejó patente? Ya se ve, pues, que si nos atrevemos a apelar, para el estudio de Garcilaso, al patrocinio del autor de *L' héritage indo-européen à Rome*, es sólo de modo indirecto. Antes de llegar al núcleo de la cuestión (el paralelo entre la serie Rómulo - Numa - Tullus Hostilius - Ancus Martius y la sucesión dinástica Manco Cápac - Sinchi Roca - Lloque Yupanqui - Mayta Cápac), será pues necesario evocar el contexto de la obra y los elementos, puntuales pero muy numerosos, que muestran hasta qué punto la América de Garcilaso puede ser llamada latina o ... romana.

El siglo de los conquistadores produce en España polémicas enconadas, para las cuales los teólogos se valen de los relatos, no siempre verdaderos ni de primera mano, de los conquistadores y cronistas de toda clase ¿Tenían alma los "indios"? Y, en todo caso, ¿se les podía reconocer algo de civilización, y hasta una historia? Los testimonios y respuestas eran tendenciosos: la omnipotencia occidental y cristiana, y el imperio español en su apogeo dejaban campo libre a cualquier interpretación viciada.

La obra del Inca se sitúa en el contexto de estos debates apasionados. El, que es hijo de un noble capitán español y de una princesa inca, deja su tierra americana a los veinte años, en busca de una carrera y un renombre dignos de su rango. La organización del virreinato no le permitió nunca volver allí y, hasta el final de su vida, lleva en España la vida de un hidalgo español, dedicándose sucesivamente a las armas y las letras, abierto a todas las ideas de su siglo, traduciendo al español los neoplatónicos *Dialoghi d' amore* de León Hebreo, y constituyendo una biblioteca donde dominan los textos latinos. El amor a una patria perdida, la nostalgia de los tiempos de una niñez heroica y el deseo de atestiguar otra verdad lo incitan a escribir y publicar, ya entrado en años, sus *Comentarios reales*, nutridos de las lecturas y lecciones de Roma:

“Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo, como la de México y la del Perú, y las de otros reinos de aquella gentilidad, no ha sido con la relación entera que de ellos se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas, de las cuales, como natural de la ciudad del Cozco, que fue otra Roma en aquel Imperio, tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado” (Primera frase del “Proemio”).

El sentido del recurso privilegiado al *exemplum* romano no puede apreciarse fuera del contexto. Los *Comentarios reales* de hecho se insertan deliberadamente en las polémicas de su tiempo. La voluntad de rehabilitar y exaltar a los antepasados incas, que hace de ellos explícitamente los instrumentos del designio divino de cristianización de América, dentro de una perspectiva resueltamente providencialista, le valió al autor, y hasta el siglo XIX, las críticas más acerbas de los más nacionalistas de sus lectores españoles: por su parcialidad, no podría ser Garcilaso un verdadero historiador. Ya pasaron aquellos tiempos, y los trabajos de Riva-Agüero, luego de A. Miró Quesada, J. Durand y Pierre Duviols han permitido situarlo, con toda su complejidad, entre las corrientes de ideas de su época.

Adepto a la vez del neoplatonismo y neosenequismo, heredero de la tradición occidental y cristiana, y memoria viva de la cultura incaica hombre de guerra y hombre de cultura, Garcilaso, el “autodidacto” —según la fórmula de M. Bataillon—, aparece como el prodigioso creador de un mundo soñado, en el que la historia pasada viste los colores de la política del presente, en el que el providencialismo cubre sin ocultarlas las intenciones polémicas tocante a la legitimidad de la dinastía inca.

Los elementos formales de la escritura de Garcilaso son también fundamentales para la realización de sus designios. La obra reciente de E. Pupo-Walker ha puesto en evidencia el proceso creador en el que se combinan historia y literatura:

“El texto que en un principio nos pareció una relación histórica de causalidad lineal, ahora tendremos que verlo como escritura que se ocupa de sí misma y que aparece predispuesta a la glosa interna; es decir a una suerte de construcción reflexiva que convierte al discurso como tal, en objeto del proceso narrativo”.

Entre los componentes esenciales de esta escritura, el crítico le atribuye a la citación un papel primordial, tanto por su frecuencia como por su diversidad, definiendo los *Comentarios reales* como “amplio espacio intertextual” (Pupo-Walker 1982: 98-120). Parece, sin embargo, que se estudiaron sobre todo las citaciones de autores y cronistas españoles de la época, y las referencias a los autores de la Antigüedad no interesaron mucho a los críticos¹. Así, A. Miró Quesada les asigna:

“Una acentuación del valor de amenidad, que se revela sobre todo en la elocuencia de arengas y discursos y en la intercalación de consejos morales [...]. Hay ya ejemplos en la obra de Tucídides; pero fueron los historiadores latinos quienes acentuaron, y aun llegaron a hacer imprescindible, este artificio literario. El Inca Garcilaso bebe de ellos” (Miró Quesada 1956: XXXI, subrayado nuestro).

Del mismo modo, E. Pupo-Walker concede a los modelos literarios del Inca “una doble función: son marcos retóricos [...] y también modelos reconocidos del discurso verosímil” (Pupo-Walker 1982: 126). En otras palabras: se les reconoce un papel decorativo, esencialmente formal.

De hecho, Garcilaso no incita a investigar sus fuentes antiguas, ya que no se apoya casi en citación explícita que no sea de “historiadores españoles” contemporáneos, y no apela, pero con cuánta insistencia y fervor, más que al “muchas veces grande Julio César” (II, 8 y VII, 8), el de los *Comentarii* y del *De bello civili*, aquel que encarnó con tanta excelencia las virtudes del hombre de pluma y del hombre de armas. El inventario de su biblioteca atestigua una afición evidente a los historiadores antiguos (Durand 1948:

-
1. Prueba de ello podemos encontrar en la ligereza con la cual se considera el episodio del encuentro de Cleopatra y Marco Antonio a orillas del río Cindo, en *La Florida del Inca*, Lib. III, cap. 11. A. Miró Quesada, en su “Prólogo”, (1956: XXXI), al mismo tiempo que recuerda que Riva Agüero ve el origen de esta referencia en Antonio de Guevara, la atribuye, sin más explicaciones (“podría corresponder”), a Suetonio. Más: Durand (1962: 33) dictamina: “El maestro a quien alude es, a todas luces, Suetonio”. ¿Por qué Suetonio? Basta con consultar su obra para constatar que dicho episodio no figura en ella. En cambio, su origen bien podría ser el libro de las *Vidas paralelas* de Plutarco, del que Garcilaso poseía uno y hasta varios ejemplares. Dicha peripecia se encuentra en la “Vida de Antonio”, cap. 26 a 28.

Otra prueba de ligereza es la confusión en la cual incurre el mismo Miró Quesada (*ibid.* otra vez 1971: 156-157), que confunde Horacio (Cocles) defendiendo el puente sobre el Tíber (“el famoso Horacio en la puente” dice Garcilaso) y... el combate de los Horacios y Curiaquios y, asimismo, el centurión Scaeva (“el valiente centurión Scaeva en Dirachio”; cf. César, *De bello civili*, III, 53, 4) con... Mucio Scévola.

239-264; 1949: 166-170; Cf. Miró Quesada 1971), pero, aunque se admita, como lo demostraron J. Durand y A. Miró Quesada, que sin duda fue más rica y amplia y que desaparecieron ciertos títulos, pudo parecer mediocre, comparándola con la que poseían ciertos letrados de su época; así M. Bataillon evoca sólo, con severidad, “una cultura variada de autodidacto, que bien revela su pequeña biblioteca” (Durand 1982). Sin embargo, a pesar de su modestia, pone de manifiesto el interés de su dueño por la historia antigua tal como su tiempo la concebía, y sobre todo atestigua una cultura histórica puesta al día, concedora de los descubrimientos más recientes de la historiografía de su época. Así lo prueba, al lado de un *Cornelio Tácito*, que fue referencia fundamental del siglo XVI, la presencia de un ejemplar de Polibio; este último, efectivamente, atrajo nuevamente el interés de un período “más sosegado”. Véase en esto a Arnaldo Momigliano (1983: 186-210):

“Una de las razones que explican porqué Polibio llegó a gozar de semejante prestigio es que era más capaz para contrapesar la obsesiva presencia de Tácito, característica del clima intelectual hacia 1585, particularmente en Italia y España. De muchos modos, el modelo tacitano se imponía sin que se le pudiera resistir. Ofrecía exactamente la mezcla de maquiavelismo, moralismo, agudeza en el epigrama y patetismo que se apreciaba en aquel tiempo. Pero los espíritus más sosegados se volvían hacia Polibio con alivio, ya que poseía más experiencia de la guerra y la política y hablaba de un período histórico más atractivo”.

A pesar de la discreción de su autor, los *Comentarios reales* “suenan a” historia antigua, de modo que nos preguntamos si aquel silencio suyo no era más bien preterición. El fin de nuestro trabajo fue pues investigar las huellas de una inspiración profunda y, ahora que se conocen mejor las relaciones de Garcilaso con los historiadores de su época, considerar cuál fue el papel y función de la referencia a la historia antigua. El primer punto notable es que las diferentes apariciones de la referencia antigua no se presentan nunca como inclusión, o interpolación, sino que van totalmente integradas en el curso del relato, al que ilustran, o resumen, o coronan. En esto difieren de las ficciones y relatos intercalados cuya importancia subrayó E. Pupo-Walker en los cronistas de la Conquista, y particularmente en Garcilaso (Pupo Walker 1982: 149-193).

La alusión puede ser consciente, y en este caso se presenta bajo forma de una transposición “a lo inca” de un episodio conocido, o bien de una comparación explícita, destinada para guiar al lector en la comprensión, y la

adhesión, a su presuposición: así: “El Cozco en su imperio fue otra Roma en el suyo” (“Proemio” y VII, 8). A este primer tipo pertenecen algunos ejemplos puntuales, como la presentación de las “vírgenes del Sol”, o los triunfos de los diferentes Incas. La alusión puede también, y es lo más frecuente, ser implícita, tan profundamente asimilada que determina la misma estructura de la tesis elaborada por Garcilaso. Nos encontramos, en este caso, frente a una red de indicios, tenues pero evidentes, que nos lleva a reconocer, bajo la organización rigurosa de los primeros reyes incas, un esquema inesperado, aunque familiar: el de los orígenes de Roma, con sus primeros reyes de atributos distintivos y diferenciales.

1. *Las alusiones a la antigüedad*

La alusión explícita

Es inútil comentar largamente la primera y transparente alusión, que es el mismo título; la influencia de Julio César y la invocación a sus *Comentarii de bello gallico* ya han sido señaladas. La elección de la fórmula original sugiere, por la asociación de sus dos términos, a la vez el paralelo con el general romano y la triple especificidad de Garcilaso: en su objeto, el mundo de los Incas; en sus fuentes familiares, cuya facilitación y uso pueden justificar la alusión a los *Commentarii*, palabra que significa poco más o menos “relato de un participante”; en su autor, al fin, que la paridad de los títulos y de la ambición alza, como lo comprobaremos, hasta la dignidad de su modelo.

César Augusto: la referencia y paridad con el título de Augusto es también explícita, ya que sirve como punto de comparación para dar a entender al lector poco enterado el verdadero sentido de los nombres de los Incas:

“... Juntando ambos apellidos, que son Inca Yupanqui, se lo dicen a todos los reyes Incas, como no tengan por nombre propio el Yupanqui; y estanles bien estos renombres, porque es como decir César Augusto a todos los emperadores” (VI, 34); y:

“Y no usaban de esta manera de hablar con otros, por grandes señores que fuesen, sino con sus reyes, por no hacer común lo que aplicaban a sus Incas [...] y parece que semejan estos nombres al nombre Augusto, que los romanos dieron a Octaviano César por su virtudes, que dichoselo a otro que no sea emperador o gran rey, pierde toda la majestad que en sí tiene” (II, 17).

Los decuriones: notemos, sin demorar en ello, la utilización espontánea de tal o cual vocablo latino, como los *decuriones* en sus *decurias* (II, 14), a los que atribuye la doble función de recaudadores (repartimiento de la contribución) y protectores de las ciudades que el Bajo-Imperio romano encargó precisamente a los notables locales, *curiales* o *decuriones*, miembros de los senados municipales (Martino 1975, V.: 209 y 509 ss)².

Júpiter, Marte y Venus: para evocar los dioses de la gentilidad, Garcilaso cita en varias ocasiones, y en orden aparentemente indiferente, una sorprendente tríada: Júpiter, Marte y Venus (cf. II, 1 y II, 4). Esta reunión a priori puede parecer arbitraria, y no reproduce la tríada primitiva de Roma: Júpiter, - Marte - Quirinus, y tampoco la capitolina: Júpiter - Juno - Minerva. Sin embargo, tal vez sea la atracción del Inca hacia César el origen de tan incongruente reunión: estos tres dioses, de hecho, eran objeto del culto particular de Julio César. Consta por diversos testimonios, en particular el “César” de Suetonio: así César ofrece a Júpiter la corona real que Marco Antonio quiere depositar en su cabeza (“César”, 79); emprende, por otra parte, la construcción del templo dedicado a Marte más grande del mundo (*ibid.*, 44); en cuanto a Venus, ya se sabe que César pretendía ser descendiente de Venus Genitrix, como aparece en la Eneida, Además de las múltiples indicaciones de Suetonio (“César”, 49 y 84, y también el famoso elogio fúnebre de su tía Iulia, *ibid.*, 6).

Virgenes y vestales: La familiaridad con el mundo romano se marca asimismo por la presentación, que ocupa varios capítulos, de las “vírgenes del sol”. Si la primera aparición de estas vírgenes consagradas (II, 4) se hace en términos que evocan los conventos de la religión católica (“Hiciéronle casas de gran clausura y recogimiento para mujeres dedicadas a él, las cuales guardaban perpetua virginidad”), la segunda alusión (II, 10), - de la cual sale por fiador el español Cieza de León, ([1550] 1985, cap. XXXVIII), las coloca en el contexto antiguo:

“En los templos principales tenían gran cantidad de vírgenes muy hermosas, conforme a las que hubo en Roma en el templo de Vesta, y casi guardaban los mismos estatutos que ellas”.

-
2. Se observará que en pocas páginas Garcilaso utiliza la palabra *decuriones* sucesivamente con las dos acepciones latinas del término: militar (jefe de *decuriae* de diez hombres) y socio-política (notables municipales). Es difícil determinar si procede de verdadera información o de un sorprendente y fortuito encuentro.

Una semejanza en la condición y las funciones de esas sacerdotisas puede originarse en un fondo común a muchas religiones, y sería arriesgado concluir que se trata de una inspiración deliberada y sistemática. Notemos sin embargo algunos puntos: las vestales eran elegidas entre patricias del más alto rango, de 6 a 10 años de edad, y las vírgenes del sol

“Habían de ser vírgenes, y para seguridad de que lo eran las escogían de ocho años abajo [...], hijas de los Incas, así del rey como de sus deudos, los legítimos y limpios de sangre ajena” (IV, 1).

Su principal actividad consiste en preparar los sacrificios: el pan sagrado *zancu* que las vírgenes amasan para las fiestas principales —*cittua* y *Raymi* (IV, 3 y VI, 20)— recuerda la *mola salsa* de las vestales, preparada con una mezcla de granos triturados y de sal, que se esparcía por el testuz de las víctimas durante los sacrificios oficiales. Y sobre todo, la función fundamental que les es común es la de conservar el fuego sagrado: el fuego nuevo del *Intip Raymi* se lleva “al templo del sol y a la casa de las vírgenes, donde lo conservaban todo el año, y era mal agüero apagarles como quiera que fuese” (VI, 22); del mismo modo, en el templo de Vesta se guardaba y mantenía el fuego de la “Ciudad”.

Para unas y otras, la virginidad era un atributo esencial, siendo una garantía de la fecundidad y prosperidad del Estado: las vírgenes consagradas eran en efecto vírgenes “matronas”; el mismo Garcilaso emplea el término “matrona” (IV, 1) y precisa (IV, 3): “Una mujer dedicada al sol su dios y madre de sus reyes”. La pérdida de la virginidad constituía pues un delito mayor y, tanto en Roma como entre los Incas, se castigaba a la virgen infiel con el mismo suplicio: era sepultada viva: “Para la monja que delinquiese contra su virginidad, había ley que la enterrasen viva” (IV, 3).

Tal vez quepa recordar, enfrente de los textos del Inca, que la mayor parte de estos detalles acerca de la condición de las vestales se halla en Plutarco, “Vida de Numa” (cap. 9, 5 a 11, 2) - libro que figuraba en la biblioteca de Garcilaso³. Otros varios ejemplos prueban, por otra parte, que el Inca se inspiró ampliamente en esta “Vida de Numa”.

3. N^{os}. 111, 134 y 141 del inventario publicado por Durand (1948) Acerca de la condición de las vestales en Roma, cf. por ejemplo, Guizzi (1968).

Para cerrar el capítulo de las vírgenes consagradas, le toca al “curioso lector” preguntarse cómo explicar la invocación a “Juno, Venus y Palas” (IV, 3), las tres grandes diosas del panteón grecorromano, la misma tríada del juicio de Paris, cuando esta invocación encabeza el capítulo “La veneración en que tenían las cosas que hacían las escogidas, y la ley contra los que las violasen”. La familiaridad con lo antiguo aquí raya con la incongruencia.

Los triunfos: Los recuerdos militares no se vislumbraban sólo en el dominio de la organización: Garcilaso aparece, en ciertos libros, como fascinado por las imágenes, colores y sonidos de los faustos del triunfo, aquel triunfo con que Roma honraba el regreso de los generales victoriosos. Primero (III, 11) evoca la ceremonia, donde el triunfo aparece casi como metáfora: “Entró el Inca Cápac Yupanqui en su corte con su ejército en manera de triunfo”, pero, al parecer, con instauración de un rito:

“Los *curacas* y gente noble, que de las tres provincias nuevamente ganadas habían ido con el rey a ver la ciudad imperial, lo metieron en hombros sobre las andas de oro, en señal de que se habían sometido a su imperio”.

Sin embargo, y como suele ocurrir en Garcilaso, el capítulo termina por la evocación de una costumbre ya establecida y atestiguada: “Toda la ciudad salió a recibirle con bailes y cantares, como lo había de costumbre”.

El reinado de Pachacútec (Libro VI), por su parte, se halla colocado bajo la invocación repetida del doble triunfo del general Inca Cápac Yupanqui y del príncipe heredero Inca Yupanqui —este doble de Pachacútec Inca Yupanqui. El trozo efectista, cuidadosamente elaborado en una progresión aparentemente estallada (lo que permite reproducir la explosión múltiple de regocijo popular), se coloca primero en VI, 16; notamos que los héroes del triunfo iban, lo mismo que el Inca, llevados en andas:

“El Inca Pachacútec salió a recibir al hermano y al príncipe su hijo con solemne triunfo y mucha fiesta que les tenía apercibida; mandó que entrasen en andas, que llevaran sobre sus hombros los indios naturales de las provincias que de aquella jornada conquistaron. [...] En medio de los Incas iba el general, y el príncipe a su lado derecho; tras ellos iba el Inca Pachacútec en sus andas de oro”.

El triunfo, como culminación e imagen de la magnificencia del imperio, por su esplendor pero también por las connotaciones despertadas en la

imaginación del lector, está en situación de eclipsar las grandes fiestas religiosas:

“Regocijaron la solemnidad de aquel triunfo por espacio de una lunación, y así lo hicieron en todos los triunfos pasados; mas no hemos dado cuenta de ellos porque éste de Cápac Yupanqui fue el más solemne de los que hasta entonces se hicieron” (VI, 16).

Parece que Garcilaso se deja llevar del vértigo, al evocar nuevamente, y en dos ocasiones, otros triunfos cada vez más grandiosos, acompañando su evocación, como ebrio de imágenes, o deseos de persuadir a su lector, con la palabra-clave obsesivamente repetida. Así: “Se volvió al Cozco, donde fue recibido con la solemnidad de triunfo y fiestas [...] las cuales duraron un mes” (VI, 33), pero sobre todo:

“Salía de ella a recibir al hermano y al hijo con el mismo aparato de fiestas y triunfo que la vez pasada, y mayor si mayor se pudo hacer; [...] y mandó que en el triunfo entrase [Cuismanco] entre los Incas de la sangre real [...]. Pasado el triunfo hizo el Inca muchas mercedes...” (VI, 31).

Hemos omitido adrede el triunfo de Viracocha, aunque la palabra misma de “triunfo” figura expresamente, en dos ocasiones, en este episodio: “Los retuvo para el triunfo que pensaba hacer adelante” (V, 19) y: “Se metieron entre sus soldados para participar del triunfo de aquella victoria” (V, 20). De hecho, si los demás triunfos, en su pompa militar y la alegría popular, nos aparecieron como expresiones de un esquema general, la entrada triunfal del joven príncipe en la capital abandonada por su padre tiene un antecedente, y un modelo, muy precisos. Veamos algunos puntos de ese triunfo único. Primero, y Garcilaso lo subraya proponiendo una explicación psicológica que es, de hecho, una reflexión moral: “El Inca Viracocha entró en el Cozco a pie, por mostrarse soldado más que no rey”. Luego evoca la muchedumbre innumerable y casi delirante con entusiasmo, por una sucesión de superlativos e incansable acumulación caótica:

“Con grandísima alegría y muchas aclamaciones de la multitud del pueblo [...]. Su madre la Coya Mama Chic-ya y las mujeres más cercanas, tías y primas hermanas, y segundas, con otra gran multitud de *pallas* salieron por otra parte a recibirle con cantares de fiesta y regocijo; unas le abrazaban; otras le enjugaban el sudor de la cara; otras le quitaban el polvo que traía; otras le echaban flores y yerbas olorosas”.

Después del desfile triunfal, después de dar las gracias al dios Sol, Viracocha remata su triunfo por una visita que, de hecho, le confiere —y en cierto sentido podemos notar que le permite atribuírselos— los privilegios privativos y por ende la dignidad de Inca, hijo del dios, y es la visita a las vírgenes del sol: “Luego fue a visitar las vírgenes mujeres del sol”. Ahora bien, sabemos que:

“Vivían en perpetua clausura [...] y esta clausura era tan grande que aun el propio Inca no quería gozar del privilegio que como rey podía tener de las ver y hablar; porque nadie se atreviese a pedir semejante privilegio” (IV, 2).

El texto se presenta pues como una trayectoria entre el primer rasgo, simbólico y puesto en evidencia, de una entrada modesta, a pie —y no en andas—, y el término, que es la consagración de un nuevo emperador. Entre los dos, las demostraciones de la muchedumbre sólo dan ocasión para varios trozos efectistas. Pues bien, el mismo esquema se encuentra en un texto, famoso desde la Antigüedad: el *Panegírico de Trajano*, de Plinio el Joven (Cap. 22-23). Cuenta éste cómo Trajano, elegido emperador desde hace un año, entra en Roma (99 d.J.-C.) a pie, y no llevado en hombros:

“Primero, qué día más hermoso aquel en que tú, esperado, deseado, entraste a pie (*ingressus es*) en tu ciudad. ¡Qué maravilla, qué presagio más favorable, este modo de entrar! Tus predecesores solían ir transportados y hasta llevados (*inuehi et importari solebant*), [...] necesitaban de hombros humanos en su arrogancia”.

El entusiasmo de la muchedumbre le inspira a Plinio unos efectos insistentes:

“Ni la edad, ni la salud, ni el sexo, impidieron a quienquiera regocijarse la vista con aquel espectáculo inaudito. Los niños... los jóvenes... los ancianos... hasta los enfermos... las mujeres... Se veían los tejados doblándose con la gente que los llenaba, no había lugar desocupado... por todas partes un pueblo lleno de júbilo”.

Y el trayecto imperial acaba en el templo de Júpiter con la sanción divina del nuevo emperador:

“Cuando empezaste a subir por el Capitolio [...] cuánta alegría particular para los que fueron los primeros en aclamarte emperador en aquel mismo lugar! Más: el mismo dios, tu padre, sintió, me parece, una delicia sin par...”

La comparación estructural es expresiva. Añadiremos que, a nuestro parecer, no puede ser coincidencia fortuita, y que es muy probable que Garcilaso conociera ese episodio, sea directamente por el texto de Plinio, sea por una de las compilaciones e imitaciones tan frecuentes en la época. Trajano, el virtuoso emperador español —y por ende el modelo de Carlos Quinto—, amigo y discípulo de Plutarco, según una leyenda cuyo eco encontramos en *La Florida del Inca* (Lib. III, cap. X)⁴, es también el primero de los Césares de la *Década* de Antonio de Guevara. *La Vida del buen emperador Trajano Coceyo, natural de España, nacido en la ciudad de Cádiz...* de Guevara (Guevara 1966)⁵ no sólo es interesante por transcribir, ella también, la tradición de un Plutarco maestro de Trajano (“Fue ocasión que yo cobrase [...] por maestro a Plutharco”) (Jones 1971: 30-31)⁶, sino que es un testimonio precioso de la notoriedad de Trajano en el siglo XVI. Su autor, efectivamente, alega una “Vida de Trajano” de Plutarco (Mexía 1989: 82): esta referencia, totalmente falsa, sólo puede remitir, en el mejor de los casos, al texto apócrifo de algún compilador, lo bastante conocido como para que los lectores de Guevara pudieran referirse a él. Es plausible imaginar que Garcilaso figuró entre estos últimos.

Para terminar, evocaremos sin más el paralelo más explícito, que es el de las capitales: el Cuzco y Roma, porque constituye, a nuestro parecer, la piedra angular del edificio.

— *La alusión implícita*

Coriolano, el Inca, y las lágrimas de una madre

El sistema de referencias a la cultura del tiempo puede expresarse a veces mediante el rodeo de una analogía de situación. Esta última permite

-
4. Añadiremos una prueba más de la notoriedad de Trajano en el mismo Garcilaso: “Dio [...] muestras heroicas de ingenio en letras, de ánimo en armas [...] con los sabios Sénecas de Córdoba [...] y con los augustísimos Trajanos y Teodosios de Italia”, “Prólogo” a la *Ilda Parte, Historia General del Perú*, ed. Durand (1962: 57).
 5. Se nota sin embargo que Guevara, por su parte, no desarrolla ninguna escena de triunfo en su “Vida de Trajano”.
 6. Aparece sin embargo en otros escritores de la misma época; cf. por ejemplo Pero Mexía, 1989, 3: 6: “En el qual se pone el traslado de una notable carta que Plutarco, maestro de Trajano, emperador, embió al mismo Trajano...”, (*ibid*, 216).

entonces introducir y desarrollar la idea fundamental de Garcilaso: incluir la cultura incaica en el conjunto de valores que el cristianismo heredó del mundo antiguo. Es un mundo de valores heroicos y de victoria sobre sí mismo, es decir: el mundo de la tragedia clásica, en el que la nobleza de los sentimientos se traduce por el esplendor formal.

El ejemplo más pasmoso es el del famoso encuentro del Inca Huayna Capac con la Mamacuna de los Chachapuyas (IX, 7). La dramatización del episodio viene claramente marcada por su composición: dos discursos directos (procedimiento poco frecuente en los *Comentarios reales*), separados por la intervención de un verdadero coro de suplicantes, lo que aumenta el carácter trágico de lo que bien puede llamarse la “escena”.

El esquema es el siguiente: un general poderoso y vengador se dispone a aniquilar un pueblo ingrato e infiel. El terror cunde pues por el campo enemigo, sobre todo en las mujeres, niños y ancianos, que encarnan tradicionalmente la debilidad inerme. Una mujer, una madre, una “matrona” (así lo dice el mismo texto) encabeza entonces una comitiva compuesta únicamente por mujeres, y sale al encuentro del temible general. Postrada ante él, intercede por todos.

Otra vez notamos el paralelismo del esquema con un relato conocido; la motivación, sea política o psicológica, del general airado no es lo más importante: en los *Comentarios reales*, se trata de un Inca a punto de castigar a ciertos rebeldes; en la historia romana, tal como la cuenta Tito Livio (II, 40), o Plutarco, que se inspira libremente de él (“Vida de Coriolano”), es el patricio Coriolano, deseoso de vengarse de la ofensa que le infligió el Senado. En ambos casos, la matrona habla primero, pero Garcilaso ofrece a sus lectores, y con creces, el discurso más hermoso, más perfecto en la forma, más noble en su inspiración. A las lágrimas, quejas y chantaje afectivo de Veturia, madre de Coriolano, cuya preocupación principal es su propio personaje, y que sólo en una breve oposición retórica a su propia miseria considera la deshonor de su hijo⁷, Garcilaso sustituye un discurso de tipo epidíctico, en el que el procedimiento característico de ampliación, con períodos cuidadosamente equilibrados en su ritmo binario y ternario, está

7. *Sed ego nihil iam pati non tibi turpius quam mihi miserius possum*: seguimos aquí el texto de Tito Livio, II, 40, 8 pues Plutarco se pierde en un flujo descontrolado de oratoria hiperbólica.

orientado todo **hacia la gloria y clemencia** del vencedor. En su misma brevedad, concentra todas las partes tradicionales del discurso:

- salutación y exordio: “¡Solo señor! ¿dónde vas?”
- proposición: “¿No ves...? ¿no adviertes...? ¿no consideras...?”, cuya tripartición se justifica por consideración al tiempo: pasado (“ganó y redujo”), presente (“vas a destruir”), futuro (“te ha de pesar”).
- confirmación: “Por qué no te acuerdas...? Por qué no has lástima...?”
- refutación: “aunque...”, con la vuelta de los argumentos y del esquema temporal de la proposición: “Los conquistó... Eres hijo del sol ...No permitas que...”. Esta refutación se ensancha luego con una “digresión” en forma de súplica, desarrollando el tema de la clemencia, pero no en nombre de la piedad (esta idea sólo aparece una vez, con la palabra “miserables”), sino en nombre de la grandeza, presente (“mira”) y pasada (“acuérdate”) de los reyes Incas, y de su filiación divina y solar (“resplandecerá”).
- la peroración, en fin, en una breve cláusula, y antes del último recurso patético, recapitula los argumentos razonables: un enfrentamiento desigual entre “quien eres” y “estos pobres”, y su consecuencia que sólo puede pertenecer al dominio afectivo: “Suplícote perdones...”

El patetismo culmina con la obsesiva letanía de las plañideras, que va precedida por una acumulación de términos del mismo campo lexical: “alarido, llanto, lastimero”; se resuelve al fin en un gesto que por sí solo resume el discurso y anuncia la clemencia del Inca: “Fue a la madrastra y, levantándola del suelo...”, clemencia que es también una lección de moral.

La maestría en la expresión no debe obcecarnos: sirve ante todo para introducir al mundo ideal de los héroes. La matrona suplicante no se rebaja en implorar piedad por sí misma: implora al Inca para que no se rebaje tomando venganza. De este modo, el vencido manifiesta su preocupación por la gloria del vencedor, y la suplicante, con su dignidad, garantiza en verdad la nobleza del príncipe. Encontramos aquí los momentos de mayor exaltación de la historia romana, con la extraña fuerza de persuasión del discurso antiguo: *movere et docere*.

A partir de un *exemplum*, Garcilaso logra suscitar el retrato, ya no de un general romano victorioso, atestiguado por los escritos, sino de un príncipe modesto, o de un Inca clemente, figuras redivivas de una historia oral sepultada en la memoria y conciencia colectivas. La ilusión de vida, el sen-

tido profundo de lo humano son tan fuertes que José de la Riva-Agüero pudo equivocarse, interpretando como la expresión más pura de un alma peruana aquellas escenas recompuestas a partir de lo antiguo:

“¡Cuán hondamente peruana es en los *Comentarios* la escena de la *mamacona* que intercede por los rebeldes...! Peruanas genuinas sus *acllas*; y aquellas procesiones de mujeres y niños que, llevando en las manos ramas verdes y alfombrando el camino de hierbas olorosas, aclaman al Inca vencedor y magnánimo, al *Huaccha Cúyac*, el amante de los pobres” (Riva-Agüero 1962: II, 48).

— *Los debates políticos y los discursos de Tucídides*

Entre los episodios repetitivos que van reapareciendo en el relato de las conquistas, algunos pueden reunirse bajo la misma rúbrica, y proceden de un mismo “tipo”. Se trata de los debates que agitan una tras otra las naciones que el Inca se dispone a someter, y cuyo tema se resume en: ¿aceptarían, o no, “que se recibiese al hijo del sol por señor y sus leyes se guardasen?” (III, 15). Los argumentos aducidos por las partes adversas se repiten idénticos, en estilo indirecto: aceptación de costumbres y reglas de buen gobierno, confianza en el hijo del sol, poderoso y desinteresado —o bien negativa frente a la novedad y el vasallaje, denuncia de la hipocresía inca, con la consiguiente lucha por la libertad, con peligro de la vida⁸.

En realidad, los valores implícitos aducidos por los rebeldes se avienen mal con la barbarie primitiva que nuestro autor atribuye a todas las naciones indias, y corresponden más bien con un código del honor conforme con conceptos mucho más elaborados. Lo interesante es que el mismo Garcilaso, que calla deliberadamente el grado de organización colectiva y coherencia ideológica, en una palabra: de “civilización”, alcanzado por aquellos pueblos, lo confiesa implícitamente, recreándolo a partir de modelos antiguos. Efectivamente, en el relato de la vida de las ciudades, los historiadores, desde los griegos hasta Tito Livio, han ofrecido numerosos ejemplos de semejante fidelidad a los dioses y a las costumbres, del mismo apego exacerbado a una independencia que se confunde con la libertad, y otros ejemplos no menos famosos, desde los sofistas, de argumentos en que se oponen tesis contradictorias.

8. Paradójicamente, es la misma elección que Viracocha propone a los Incas. Cf. *infra*, n. 14.

Sin embargo, la necesidad que creaban tanto su relato como su tesis de conjunto —la conquista finalmente se realizó, y para bien de todos— lo llevó a no colocar en un pie de igualdad a los colaboradores y a los renuentes. En el episodio de los “indios de Chayanta” arriba citado, los desempata la prueba aceptada por el Inca, y su fidelidad a sus promesas (una *fides* muy a lo romano...); en otras ocasiones, el lector entiende en el acto que la arrogancia de los rebeldes determina su pérdida: así los Collas:

“como insensibles se metían por las armas de los Incas, y como bárbaros obstinados en su rebeldía, peleaban como desesperados sin orden ni concierto” (III, 5).

Los Incas salen vencedores “por su orden y buen gobierno” (III, 6). Tal vez se haya inspirado Garcilaso de una lectura directa o indirecta de Polibio, Tito Livio o César, o de una combinación más o menos subconsciente de las tres fuentes; ello es que la oposición, término por término, que se desarrolla entonces entre las virtudes del Inca y los defectos de los indios refleja perfectamente aquella que los antiguos establecían entre la autoridad romana y la anarquía bárbara, y más especialmente la de los galos.

En todo caso la última palabra, la voz de la razón, en la Antigüedad tanto como para Garcilaso, les toca a los que poseen la cordura debida a la edad. En la guerra de los Collas, sólo al terminar el combate logra imponerse su opinión: “Tomaron el camino más seguro, que fue el parecer de los más viejos” (III, 6), los cuales fueron a implorar, y ganarse, la clemencia del Inca. Otro episodio termina sin combate, pero nos muestra inmediatamente la división entre ancianos y jóvenes: “Los capitanes mozos y belicosos tomaron las armas con mucho furor” (IV, 17), mientras que “los más ancianos, y mejor considerados, dijeron que mirasen...” (IV, 18: cap. “El razonamiento de los viejos...”). Nuevamente se trasluce una dialéctica muy romana, que se desarrolla en el estoicismo de Tito Livio tanto como en el neosenequismo del Siglo de Oro español, la cual representa el combate entre juventud y edad madura, *furor* guerrero y razón política tanto como filosófica.

Sin duda sea posible remontarse aun más, hasta el debate comparable que anuncia, en Tucídides, el ocaso de Atenas en su lucha contra Esparta. Este opone el viejo y discreto Nicias al impetuoso Alcibíades, acerca del proyecto de expedición a Sicilia (VI, 8-25). Ya se sabe que Garcilaso tenía un ejemplar de la *Guerra del Peloponeso* en su biblioteca. ¿Podemos pensar que el intercambio de argumentos marcados por el realismo y hasta la más

cínica de las *Realpolitik* pudieron inspirar al idealista autor de los *Comentarios reales*? Una lectura cuidadosa del “razonamiento” de los ancianos, en el texto ya mencionado, incita a atribuirle esta deuda. En el argumento, densamente retórico, el autor templea en efecto por consideraciones de provecho bien entendido sus acostumbradas invocaciones a la grandeza y pureza de alma del Inca:

“Era mejor y más seguro aplacar al Inca, otorgando su demanda, que provocarlo a ira y enojo, negándosela, que si después se habían de rendir y obedecer por fuerza de armas, y perder la gracia del Inca; cuán mejor era cobrarla ahora obedeciendo por vía de amor. Mirasen que este camino era más seguro, que les aseguraba sus vidas y haciendas, mujeres e hijos” (IV, 18).

La conclusión se sale natural y perfectamente tucidideana por su conciliación del provecho y la honra:

“Por tanto que se allanasen y recibiesen al Inca por señor y al sol por su dios; pues en lo uno y en lo otro ganaban honra y provecho”.

Más avisados de lo que fueron antaño los melienses frente a los atenienses (Tucidides, V, 84-116), estos indios supieron remitirse a tiempo entre las manos del rey Inca Roca.

Viracocha y Camilo: la ciudad salvada, o el triunfo de los exiliados

El largo texto que precede el episodio ya comentado del “triunfo de Viracocha” evoca a otro héroe de los primeros tiempos de la República romana. Al comparar los cap. IV, 20-24 y V, 17-22 de los *Comentarios reales* con las páginas que tratan de Camilo, uno de los principales ‘fundadores’ de la antigua Roma, sea en Tito Livio (V, 23-25; 29-30; 32; 49-55), sea en Plutarco, que se inspira en él (“Vida de Camilo”, 11-14 y 30-33), se nota un extraordinario parentesco de estructura y significado.

Recordemos rápidamente la doble serie de acontecimientos que ocupan, en ambos casos, un lugar primordial en la historia de una ciudad continuamente por salvaguardar o, más bien, por fundar nuevamente:

Roma, 390-380 a.J.-C.: después de la victoria del general romano Camilo sobre la ciudad etrusca de Veies, los galos se apoderan de Roma, con excep-

ción del Capitolio y la ciudadela. A pesar de la oposición de los tribunos de la plebe, que lo mandaron desterrar al mismo tiempo que despreciaban un presagio inquietante, Camilo salva la ciudad y sus templos, y persuade a los romanos que vuelvan a construir la ciudad arruinada y a habitarla, en vez de trasladarse a Veies.

En el Perú, el séptimo rey, Yahuar Huácac, destierra a su hijo primogénito, sin querer oír el aviso que éste le trae de parte del “fantasma” Viracocha, hermano del primer Inca. Según lo había anunciado, los chancas atacan el Cuzco, al que el rey abandona, a pesar de las amonestaciones de su hijo. Este reúne el ejército inca y toma el mando; después de su victoria, suplanta a su padre y construye un templo a Viracocha.

Prescindiendo de las diferencias que tocan a las circunstancias y la sucesión cronológica de los hechos⁹, la parte esencial de estos dos relatos claramente articulados reside en un esquema común, que se funda en una serie de parejas: el exilio y el oráculo, el oráculo y el peligro, el peligro y el abandono, el abandono o la negativa, la negativa y la victoria, la victoria del exiliado “nuevo fundador” y la consagración del oráculo.

El exilio y el oráculo. Camilo y Viracocha son dos exiliados (Tito Livio V, 32; Plutarco, “Camilo”, 11; Garcilaso, IV, 20)¹⁰. El poder que los manda al exilio les reprocha un comportamiento desatinado y ambicioso, y se niega a admitir tanto la veracidad como la legitimidad de un oráculo anunciado por el uno (Viracocha: Garcilaso, IV, 21) y asumido por el otro (Camilo: Tito Livio, 32, 6-9; Plutarco, 14).

9. En primer lugar, las relaciones difíciles entre Yahuar Huácac y el futuro Viracocha (caso excepcional en la historia de la dinastía) ponen frente a frente a padre y su hijo, heredero legítimo del trono; el enfrentamiento de Camilo con los tribunos de la plebe es, más tradicionalmente, el de un aristócrata conservador con dirigentes populares “demagogos”. Viracocha, ya desterrado por su padre, debe su brillante carrera ulterior a la aparición y aviso divinos de su “tío”, del que toma su nuevo nombre; Camilo, por su parte, sólo hace caso de presagios que otros recogieron. En cambio, el romano combatió la propuesta de dejar Roma por Veies largo tiempo antes del asalto de los galos, mientras que el Inca debe encarar el abandono del Cuzco por su padre sólo cuando los Chancas atacan. Y Viracocha dirige al rey su llamado para guardar la ciudad antes del combate, mientras que Camilo exhorta a su pueblo para que se quede en Roma después de la partida de los galos victoriosos. En fin, las consecuencias en el Perú van hasta la sustitución de un soberano por otro, es decir una verdadera revolución; en Roma se reducen al agradecimiento eterno expresado por el pueblo a su salvador.

10. Las referencias remiten al Libro V de Tito Livio y a la “Vida de Camilo” de Plutarco.

El oráculo y el peligro. El oráculo ha anunciado una serie de ataques contra la Ciudad por súbditos rebeldes (los chancas de Chinchasuyu) o invasores extranjeros (los galos). Este peligro, que nada dejaba prever, se cumple rápidamente (Garcilaso, IV, 23; Tito Livio, 35-37; Plutarco, 17, 5 a 18,6). Termina por una derrota (Roma: Tito Livio, 37-48; Plutarco, 18,6 a 28,3), o por la inminencia de la derrota (Garcilaso, IV, 23-24) para la nación y el poder que la rige.

El peligro y el abandono. Frente al acontecimiento, en ambos casos revela el poder una indignidad que contamina a los súbditos. Los tribunos y el pueblo romanos, que despreciaron la religión y alejaron a su jefe natural, tienen que someterse a los galos, con la batalla del Allia y la ocupación de Roma; hasta renuncian su dignidad al aceptar rescatar a la Ciudad con precio de oro. Los mismos tribunos, antes y después de este episodio, incitan a los romanos a abandonar su ciudad a favor de Veies, todavía intacta y rica. El soberano inca, por su parte, obstinado en rechazar las amonestaciones de su hijo y desdenar los temores religiosos de sus familiares, huye en lugar de resistir, dejando campo libre al enemigo y arrastrando en la desbandada a la masa del pueblo.

El abandono o la negativa. Tanto Camilo como Viracocha, simbolizan la resistencia a una política de dimisión. Tanto el uno como el otro llevan una acción enérgica al mismo tiempo que desarrollan sus argumentos (mucho más largos en Tito Livio) en un discurso presentado en estilo directo por Garcilaso (IV, 24) y Tito Livio (50-54; Plutarco, en su capítulo 31, atribuye los mismos argumentos a los senadores, limitándose a añadir, en el cap. 32, que el mismo Camilo “habló largamente en pro de la patria”)¹¹. La originalidad común de estos parlamentos reside en el peso decisivo otorgado a la tradición, considerada esencialmente desde el punto de vista religioso: conservar los santuarios, ritos y dioses de los antepasados es el mejor antídoto al castigo divino traído por la derrota.

Desde la negativa hasta la victoria. Por el ejemplo de su valor: “Mostraba tanto ánimo y esfuerzo que lo ponía a todos los suyos” (Garcilaso, IV, 24), tanto como por el impulso de su elocuencia, los dos hombres logran invertir la situación, en el plano militar y en el psicológico: “Paró... a recoger

11. Este punto prueba que sin duda Garcilaso, lector a la vez de Tito Livio y Plutarco, se inspira aquí del primero más que del segundo.

los que habían huido por los campos”, y salen todos para defender victoriosamente “toda aquella ciudad que tenían por sagrada” (V, 17). En cuanto a Camilo, libera a Roma “por el hierro, no por el oro” (Tito Livio, 49, 3; Plutarco, 30) y salva la ciudad en la paz después de salvarla en la guerra: “*seruatam deinde bello patriam iterum in pace haud dubie seruauit*” (Tito Livio, 49, 8). Los romanos, por un segundo presagio (Tito Livio, 55, 1-2; Plutarco, 32), deciden quedarse y reconstruir la ciudad.

Victoria y consagración. Estos éxitos, coronados por dos “triumfos”, marcan a la vez una revancha política personal y la vuelta a la debida religión. Aun antes del último episodio, Camilo vencedor había entrado en triunfo en Roma, saludado por los nombres de “Rómulo, Padre de la patria, segundo fundador de Roma” (Tito Livio, 49, 7)¹². Convince a sus compatriotas de que restauren los templos antiguos y, al mismo tiempo, de que alcen una capilla en honor de Aius Locutus (literalmente: “la palabra que habla”): “Aius Locutus, a quien hemos prometido un templo, por causa de la voz del cielo que se oyó en la calle Nueva” (Tito Livio, 52, 11; cf. Plutarco, 30, 3 que precisa: “La voz divina que anunció, de noche, la llegada del ejército galo”). Un paralelo muy preciso se establece con Garcilaso, que consagra a este último punto un capítulo entero (V, 22), titulado: “El Inca Viracocha manda labrar un templo en memoria de su tío la fantasma”. Este homenaje a la aparición salvadora cobra tanta importancia que el príncipe, ya rey en lugar de su padre, se llama desde entonces Viracocha. Había inaugurado su reinado *de facto* por el triunfo supradicho y es, real y verdaderamente, “segundo fundador” del Cuzco, habiendo recibido la promesa del fantasma:

“En cualquiera adversidad que te suceda, no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre. Por tanto, no dejes de acometer cualquiera hazaña, por grande que sea, que convenga a la majestad de tu sangre y a la grandeza de tu imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo” (IV, 21).

Este conjunto de semejanzas, a pesar de las diferencias que hemos señalado, implica en el historiador de los Incas más que una inspiración, o hasta impregnación por los relatos legendarios de la tradición clásica. Supo-

12. Se notará la paradoja: aquel título oficial sanciona la ambición desenfrenada que anteriormente se le atribuía falsamente a Camilo (Tito Livio, V, 23, 5-6; 28, 1; 30, 2). Lo propio pasa con Viracocha, que suplanta en el trono a un padre que antaño lo mandó al destierro, entre muchas causas por sus pretensiones excesivas.

ne de su parte la convicción de que el tipo de encuentro elaborado por los antiguos entre los personajes, pero sobre todo entre éstos y el destino de su Ciudad, se avenía con su propia preocupación de evocar dignamente uno de los momentos más altos de la historia de su pueblo. Es en el discurso, trozo efectista que hace resaltar tanto Garcilaso como Tito Livio, que encontramos una última confirmación de esta profunda afinidad.

En el Cuzco, no es concebible, y tampoco en Roma, *mutatis mutandis*, “desamparar su casa y corte”:

“¿Cómo se sufre que dejes entregada la casa del sol tu padre, para que los enemigos la huellen con sus pies calzados y hagan en ella las abominaciones [...] y otras grandes bestialidades y sacrilegios?” (IV, 24).

Con la misma preocupación, pero expresada *post eventum*, Camilo

“mandó dar el siguiente senadocunsulto: Todos los templos, en la medida en que han estado en poder del enemigo, han de ser renovados, con su cerco restablecido, y purificados los edificios” (Tito Livio, 50,2).

El carácter sagrado de la ciudad se vuelve a proclamar solemnemente:

“Tenemos una ciudad fundada según los auspicios y augurios; no hay en ella rincón que no esté lleno de nuestro culto y nuestros dioses; nuestros sacrificios solemnes tienen un lugar no menos señalado que su fecha. ¡Y todos ellos son los dioses públicos y privados que queréis abandonar, oh Quirites! [...] Y tus Vestales te abandonarán, ¡oh Vesta!” (52, 1-3 y 14)

cuando estas vestales:

“no tienen, claro está, más que una sola y única residencia de la que nada, excepto la ocupación de la Ciudad, pudo jamás apartarlas” (52, 13).

Esta alusión a las vestales no queda sin eco —y esto no puede sorprendernos— en boca de Viracocha:

“¿Qué cuenta daremos de las vírgenes que están dedicadas para mujeres del sol con observancia de perpetua virginidad, si las dejamos desamparadas para que los enemigos brutos y bestiales hagan de ellas lo que quisieran?” (ibid.).

Por fin, el apego de los exiliados a la patria, que expresan negándose a desplazarla, se asimila, en los dos personajes, a la fidelidad a sí mismo. A la nostalgia de la tierra natal en Camilo (Tito Livio, 54, 3) contesta la exclamación de Viracocha:

“No quiero ver las abominaciones que los bárbaros harán en aquella imperial y sagrada ciudad que el sol y sus hijos fundaron¹³. Los que me quisieren seguir vengan en pos de mí, que yo les mostraré a trocar vida vengonzosa por muerte honrada”¹⁴.

Los episodios de Camilo-Viracocha y de Coriolano-Huayna Cápac, aunque se inspiran de modelos romanos, son también una prueba del arte y de la fuerza creadora de Garcilaso: éste no aplica literalmente un esquema preconcebido, sino que transforma y reelabora la materia antigua. Así, acorta notablemente el discurso de Viracocha, cuando la urgencia de la situación lo justifica y requiere, mientras que, en el segundo caso, amplía y embellece el intercambio de discursos, añadiendo el florón de la belleza formal a lo sublime de la situación. Manifiesta así la libertad soberana del creador, al fundar y eternizar por la escritura, tras un rodeo por lo antiguo, la figura de los Incas.

II. *La referencia esencial: el paralelo entre Roma y el Cuzco (VII, 8)*

— *Un segundo proemio: el programa de la obra*

Garcilaso no recurrió, para su obra, a uno de estos largos prólogos en los que otros historiadores, antes o después de él, precisan sus intenciones, detallando los problemas de fuentes y método, esbozando los principales temas que determinan la originalidad y definen el aporte de su trabajo. Ese último aspecto es el único de que trata en su brevísimo “Proemio”: “Natural de la ciudad del Cozco, que fue otra Roma en aquel Imperio”, reivindica el derecho para completar los escritos de cronistas españoles menos informados que él, víctimas sobre todo de sus ignorancias lingüísticas. La amplitud real de su trabajo, brevemente indicada en I, 15 y I, 19, aparece verdaderamente sólo en el cap. 8 del Libro VII. No carece de interés el que este texto, titulado

13. Recordemos la “ciudad fundada según los auspicios y augurios” de Camilo.

14. Hallamos aquí el *topos* bien conocido, heredado de la Antigüedad grecorromana, desde el Aquiles de Homero hasta los héroes de Tito Livio.

“la descripción de la imperial ciudad del Cozco”, empieza por una larga introducción constituida por un cotejo con Roma, la cual aparece como otro proemio, más significativo que el primero. El paralelo se reduce en realidad a un pretexto, ya que Garcilaso no describe la *ciudad* de Roma: lo que le interesa son más bien las semejanzas de naturaleza y papel entre dos civilizaciones, dos momentos históricos, dos tipos de humanidad.

El recuerdo inicial de “las cosas más generosas que tuvieron” presenta en cuatro puntos el programa de la obra: fundación por los primeros reyes, conquista y dominio de naciones numerosas y diversas, promulgación de excelentes leyes de gobierno, formación de próceres por el ejemplo de altas virtudes cívicas y militares. Notamos, por una parte, que las perspectivas indicadas por Garcilaso son las mismas que Tito Livio desarrolla en sus *Ab urbe condita libri*. Por otra parte, y vale como paradoja, los caracteres propios del proyecto de Garcilaso lo acerca aun más a las preocupaciones expuestas en el Prefacio del historiador romano. Donde éste expresa el tema del apogeo y decadencia de Roma, “doblada hoy día bajo el peso de su propia grandeza”, el autor de los *Comentarios reales*, nostálgico, como los suyos, de una edad de oro perdida, intenta al menos salvar una memoria amenazada por la ausencia de escritura:

“Yo, incitado del deseo de la conservación de las antiguallas de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo tan excesivo, como hasta aquí me ha sido y delante me ha de ser, el escribir su antigua república hasta acabarla”.

La fórmula final no define sólo la inmensidad y dificultad de la tarea: es ilustrativa de un orgullo que, disimulándose como el de Tito Livio bajo el homenaje rendido a otros cronistas, sus predecesores, suena exactamente como el exordio de la historia liviana: “*Facturusne operae pretium sim si a primordio urbis res populi romani perscripserim*” (Vale la pena que yo cuente desde los orígenes de la Ciudad la historia romana, hasta acabarla?)

— *Lo fabuloso en los principios de la historia*

Es efectivamente una *perscriptio*, una relación de cabo a cabo, la que se propone Garcilaso, un relato “desde los orígenes”, encontrándose así con el mismo problema de Tito Livio y Plutarco: ¿qué lugar puede conceder un historiador “razonable”, como los dos antiguos, o cristiano, como Garcilaso, a los elementos fabulosos, a los episodios legendarios asociados con toda

naturalidad a los principios de una y otra historia?¹⁵. Los paralelos textuales son lo bastante netos como para merecer una citación desarrollada:

— Tito Livio, *Prefacio*, 6-7:

“En cuanto a los acontecimientos que precedieron inmediatamente la fundación de Roma, o hasta antecieron la idea de su fundación, a las tradiciones hermoeadas por leyendas poéticas más que fundadas en documentos auténticos, no pretendo garantizarlos ni desmentirlos. Se les concede a los antiguos todo permiso para mezclar lo maravilloso con las acciones humanas para que sea más venerable el origen de las ciudades; por otra parte, si a una nación se le debe reconocer todo derecho para santificar su origen y relacionarlo con una intervención de los dioses, la gloria militar de Roma es lo bastante alta, cuando atribuye su nacimiento y el de su fundador al dios Marte, preferentemente a cualquier otro, como para que el género humano acepte esta pretensión sin dificultad, del mismo modo que acepta su autoridad”.

— Plutarco, *Vida de Rómulo*, 8, 9:

“Sin embargo, no debemos negarnos a creerlos, cuando vemos de cuántas obras Fortuna es autora, y meditamos sobre la grandeza de Roma, que nunca alcanzara semejante poder si, en lugar de origen divino, sólo hubiera tenido principios desprovistos de grandeza y maravilla”.

— Garcilaso, *Comentarios reales*, I, 19:

“Iremos con atención de decir las hazañas más historiales, dejando otras muchas por impertinentes y prolijas; y aunque algunas cosas de las dichas, y otras que se dirán, parezcan fabulosas, me pareció no dejar de escribirlas por no quitar los fundamentos sobre que los indios se fundan para las cosas mayores y mejores que de su imperio cuentan; porque en fin de estos principios fabulosos procedieron las grandezas que en realidad de verdad posee hoy España”.

15. E. Pupo-Walker evocó este problema dentro de una perspectiva más general: “Como Herodoto, Tucídides y Plinio, muchos siglos antes, Garcilaso comprendió, con agudeza ejemplar, que el valor de las fábulas no radicaba en la historicidad rigurosa de lo narrado [...]. Entendió que en el mito y la leyenda subyace una vivencia colectiva y un concepto de la sabiduría que sí puede tener sentido histórico” (Pupo-Walker 1982: 115).

Es patente que en ambos casos lo “maravilloso” primero y fundamental resiste a la crítica. Tiene en el relato histórico una importancia garantizada por los éxitos venideros: asentadas en fábulas, la grandeza de Roma y la conquista española del Perú ocupan un lugar análogo en dos visiones “providencialistas” de la Historia. La misma ambivalencia de la conquista para el mestizo peruano (derrota y muerte de la civilización incaica, triunfo de España y de la religión católica) encuentra su semejante en Tito Livio, para quien la perdición de la República implica la salvación traída por Augusto y el Imperio. Más allá de la diferencia de situaciones históricas, el argumento permanece idéntico, casi hasta en el detalle de su formulación.

— *Una “memoria romana”*

Las consideraciones por las que Garcilaso resume, en VII, 8, lo esencial de la historia confirman que su “memoria inca” es también una “memoria romana”. Evocaremos esquemáticamente los puntos:

- Fundación del imperio por una serie de reyes primitivos: más adelante volveremos a este punto esencial.
- La sujeción progresiva, por conquista, de los innumerables pueblos vecinos al dominio inca, se verifica gracias a su valor guerrero pero también, y más, por la fuerza atractiva de su sistema político, el ascendiente de su religión y buenas costumbres y el uso constante de bondad y, especialmente, clemencia.

La justificación intelectual y moral de las conquistas por la excelencia del régimen político y la superioridad de las instituciones militares se encuentra ya en Polibio (*Historia*, VI), espectador y cómplice de la dominación romana en el s. II a. J.-C. Garcilaso pudo inspirarse de este historiador griego, que figuraba en su biblioteca, y también de otros escritores latinos posteriores, que tenían aun más conciencia de la eficacia integradora del sistema romano de “ciudadanía abierta”. Este ensanchamiento universalista del derecho romano, que ilustraron entre otros Cicerón (*De legibus*, II, 2, 5 y *Pro Balbo*, VIII, 21-22) y Tácito (*Agricola*, 21), pudo contribuir a fundar la convicción constantemente expresada del historiador mestizo, de que la participación en las actividades y beneficios del imperio inca se extendió por una seducción de las élites, y no por coacción de las masas.

Los fenómenos de atracción provocados en los indios por una “religión superior”, que preparaba y anunciaba el cristianismo, no podían tener su equivalente dentro del marco del politeísmo antiguo; sin embargo, la idea, tantas veces expresada por Garcilaso, del aporte de una civilización —mejor dicho: de la civilización— a un mundo primitivo, se encuentra ya formulada plenamente en una de las primeras *Vidas* de Plutarco:

“El pueblo romano no fue el único a quien la justicia y mansedumbre del rey había amansado y como encantado; las ciudades que rodeaban a Roma, bajo el efecto, por así decirlo, de una brisa o de un viento saludable que soplabla desde ella, empezaron a cambiar de costumbres y todas quisieron vivir en paz, bajo buenas leyes, cultivando sus campos, criando a sus hijos y venerando a sus dioses” (“Numa”, 20, 4).

No debería sorprender el que Garcilaso el neoplatónico, lector de Plutarco y traductor de León Hebreo, hubiese encontrado en el biógrafo y filósofo de principios de nuestra era, representante notorio del “medio platonismo”, la expresión muy platónica del programa político que atribuyera a los soberanos incas.

En cuanto a la clemencia de los mismos, que el cronista se complace en subrayar, es una virtud muy admirada de los historiadores y filósofos antiguos, desde Tito Livio hasta Séneca en su *De clementia*. Garcilaso, como los españoles de su tiempo, pudo inspirarse de la exaltación estoica de ese rasgo muy apreciado del Renacimiento. También pudo buscar más concretamente su modelo entre los que cita como los principales: Augusto¹⁶ y, más aún, Julio César. Para este último, la *Guerra de Galia* incluye una referencia explícita:

“César, al invernar en Bélgica, no tenía más designio que el de mantener a las ciudades en nuestra alianza, evitando dar a ninguna esperanza o pretexto de guerra [...]. Así, honrando a las ciudades, premiando a los ciudadanos principales con liberalidad y evitando imponer cualquier cargo nuevo, mantuvo fácilmente la paz en la Galia que salía exhausta de tantas derrotas y a quien le hacía más llevadera su obediencia” (*De bello gallico*”, VIII, 49, 1-3).

16. Suetonio, (“Augusto”, 51): “Existen numerosas pruebas de la clemencia de Augusto”; (cf. *ibid.*, 57).

Pero hallamos el texto fundador en Plutarco, quien recuerda la devoción manifestada por César a la diosa Clemencia:

“No sin razón se dedicó por decreto un santuario a la Clemencia, para reconocer la moderación que él manifestó. De hecho, perdonó a muchos de los que lo combatieron, y hasta confirió honores y cargos a algunos de ellos” (“Vida de César”, 57, 4).

Es también muy romano el recordar las virtudes de los próceres que aparecieron en ambas historias. En ambos casos, se trata verdaderamente de una galería de “héroes fundadores”, tendiendo todos a imitar y, de ser posible, superar a sus predecesores. Prueba de ello son los actores de la grandeza de Roma evocados por Tito Livio, o la cadena sin fin de las sombras ilustres que le salen al encuentro a Eneas en los infiernos (*Eneida*, VI)¹⁷. Prueba de ello, por su parte, son los reyes incas, incesantemente preocupados por imitar las virtudes de su antepasado el hijo del Sol, seguidores fieles del testamento de Manco Cápac (I, 25) que se volvió regla de vida y gobierno:

“Es de saber que los reyes Incas, habiendo de establecer cualesquiera leyes o sacrificios [...] siempre lo atribuyeron al primer Inca Manco Cápac, diciendo que él las había ordenado todas, unas que había dejado hechas y puestas en uso, y otras, en dibujo, para que en adelante sus descendientes las perfeccionasen a sus tiempos” (II, 9).

Semejante apego y glorificación conjunta de los valores *gentilices* y cívicos no deslucirían el epitafio de un miembro de la *nobilitas* romana¹⁸.

Frente a las virtudes militares, Garcilaso subraya constantemente las virtudes políticas, como lo sugiere el texto de VII, 8. Hasta se podría pensar que el historiador estima la cordura filosófica más que el valor guerrero y privilegia una “mansedumbre” más evangélica que romana. Pero en este punto también encontramos un modelo romano, y es el papel decisivo desempeñado en los orígenes de Roma por Numa, arquetipo del buen rey legislador. Y, si

17. Recordemos que la biblioteca de Garcilaso poseía un ejemplar de la *Eneida*. Parece además que la invocación retórica a los próceres pasó a las obras españolas como ingrediente imprescindible: cf., por ejemplo, los dos discursos de Severo y Alejandro Severo en (Guevara 1966: 328 y 517).

18. Cf. últimamente Dupont, (1989: 23-38); con el comentario de la inscripción funeraria *C.I.L.*, (I, 38: 36-37).

nos referimos a Tito Livio, algunos de sus sucesores siguen con este papel, bajo varias formas, aunque sea de modo menos explícito que para los Incas.

Para no incurrir en errores de perspectiva, debemos aquí plantear una duda metódica: Garcilaso, hombre del Renacimiento, ¿acaso no buscó sencillamente su modelo del “príncipe perfecto” en uno de estos libros de la época que se inspiraban en la Antigüedad, como la *Década de Césares* de Antonio de Guevara, o la *Historia imperial y cesárea* de Pero Mexía? Pero la autenticidad de la referencia a Numa, atestiguada ya por citaciones reveladoras¹⁹, se prueba mediante otro paralelo. En varias ocasiones (I, 25; II, 9; III, 25), el autor subraya la habilidad inventiva de los reyes incas, empezando desde el primero: forjando y difundiendo la leyenda de su origen divino y su relación privilegiada con el dios Sol es como estos soberanos aseguraron el éxito de su obra política, moral y religiosa.

Así se define a Manco Cápac como un:

“indio de buen entendimiento, prudencia y consejo, y que alcanzó bien la mucha simplicidad de aquellas naciones, y vio la necesidad que tenían de doctrina y enseñanza para la vida natural, y con astucia y sagacidad para ser estimado, fingió aquella fábula, diciendo que él y su mujer eran hijos del sol, que venían del cielo, y que su padre los enviaba para que doctrinasen y hiciesen bien a aquellas gentes” (I, 25).

Del mismo modo, a propósito del templo de Titicaca:

“favorecido de esta fábula antigua y de su buen ingenio, inventiva y sagacidad, viendo que los indios la creían y tenían el lago y la isla por lugar sagrado, compuso la segunda fábula, diciendo que él y su mujer eran hijos del sol, y que su padre los había puesto en aquella isla para que de allí fuesen por toda la tierra doctrinando aquellas gentes” (III, 25).

En resumen: “Afirmaban esta fábula por dar con ella autoridad a todo lo que mandaban y ordenaban” (II, 9).

19. Ya se sabe que Numa es una de las figuras más conocidas e invocadas por los historiadores de la época. Cf. los discursos de los emperadores romanos (Guevara 1966): Numa Pompilio es citado constantemente para encabezar la lista de los héroes fundadores de la grandeza y virtud de Roma. Cf. igualmente la conclusión de la vida de Antonino Pío (*ibid.* 217).

El procedimiento es rigurosamente idéntico a aquel que circunstancias comparables inspiran a Numa, según Tito Livio:

Numa “quiso ante todo infundir en las almas un sentimiento todo poderoso para una muchedumbre ignorante y tosca todavía en aquella época: el temor a los dioses. Pero, como era imposible que penetrara en los corazones sin el recurso a algún prodigio, finge tener entrevistas nocturnas con la diosa Egeria, diciendo que sólo por sus consejos instituía las ceremonias más agradables a los dioses” (I, 19, 4-5).

La versión propuesta por Plutarco, que viene mezclada con consideraciones acerca de la posibilidad de una comunicación entre la divinidad y el hombre, y más particularmente acerca del “pitagorismo” de Numa, no difiere sensiblemente:

“Otros, cuya opinión no carece de peso, sostienen que Licurgo, Numa, y otros personajes de la misma categoría, como tenían que manejar muchedumbres difíciles de contener y satisfacer, y traían grandes novedades al Estado, fingieron haber recibido sus proyectos de manos de la divinidad, trayendo con ellos la felicidad a aquellos mismos a quienes engañaban” (“Vida de Numa”, 4, 12).

El buen uso de la leyenda no sólo contribuye para legitimar un poco más la presencia de elementos fabulosos en los primeros tiempos de Roma y de los Incas. La atmósfera propiamente “numaica” de su desarrollo está subrayada por el contexto de II, 9, donde aparece que “no se puede decir con certidumbre cuál de los Incas hizo tal o tal ley”, y que, al contrario,

“A uno de sus reyes [...] hacen gran legislador, que dicen que dio muchas leyes de nuevo y enmendó y amplió todas las que halló hechas; y que fue gran sacerdote porque ordenó muchos ritos y ceremonias en sus sacrificios e ilustró muchos templos con grandes riquezas, y que fue gran capitán, que ganó muchos reinos y provincias”...

Este retrato transparente de Numa, anunciador de Pachacutec con trasfondo de confusión cronológica (“Siguiendo esta orden confusa” dice el mismo capítulo II, 9), plantea una pregunta más amplia²⁰: ¿Cómo debe entenderse

20. Podríamos plantear la pregunta, aunque fuera secundaria, de la referencia exacta: ¿se inspira aquí Garcilaso de Tito Livio, o de Plutarco? Si consideramos las semejanzas ya mencionadas, ambas soluciones pueden admitirse: por otra parte, Garcilaso pudo sacar partido del historiador

este recurso al tiempo de los primeros reyes de Roma? ¿Puede ir Garcilaso, a pesar de, o tal vez por causa de la imprecisión cronológica a la que le obliga la tradición incaica, más allá de un paralelo puntual? ¿Concibe un parentesco más profundo, más estructurado, entre los dos desarrollos históricos? su obra presenta, a nuestro parecer, los elementos de una respuesta positiva.

III. *Los cuatro primeros reyes y el modelo romano*

El reinado de Manco Cápac y la fundación del imperio inca se asientan en tradiciones míticas, “fábulas historiales”: el mismo Garcilaso lo reconoce, como ya lo hemos visto. Se puede suponer que, para los reinados siguientes, tuvo acceso a fuentes más directamente históricas, que la tradición oral hubiera podido transmitirle. El lector se acuerda de la insistencia con la que subraya el carácter exclusivo de sus informaciones:

“Cada cual [de los discípulos] dio cuenta de mi intención a su madre y parientes; los cuales, sabiendo que un indio, hijo de su tierra, quería escribir los sucesos de ella, sacaron de sus archivos las relaciones que tenían de sus historias y me las enviaron”.

Esta afirmación, tantas veces repetida, tiene como objeto evidente el crédito de Garcilaso, oponiéndolo a los cronistas españoles, demasiado breves como para ser totalmente verídicos y, por ende, fidedignos. Esta preocupación por una documentación exhaustiva confiere a los *Comentarios reales* un aspecto tan convincente que algunos críticos le han otorgado globalmente una generosa confianza. Así Aurelio Miró Quesada:

“En su obra sobre el Imperio de los Incas tenía Garcilaso aún más exactos y concretos linderos [...] No se puede negar la objetiva y vigorosa verdad del contenido. [...] Hay así una verdad fundamental, que sobrepasa los amenos adornos del detalle, que manteniendo y utilizando el artificio los reduce a las líneas adjetivas, y que permite que el cuadro trazado por el Inca no sólo resista los embates o el escarpelo de la crítica histórica, sino se afirme, a través de los siglos, como el retrato por antonomasia de la verdadera fisonomía espiritual del antiguo Imperio de los Incas”(Miró Quesada 1956: LXIII).

latino y del biógrafo griego, pero también de alguna compilación u obra de un contemporáneo suyo.

En el caso preciso del remoto reinado de los primeros Incas, es difícil admitir, sin embargo, que la tradición oral pudo transmitir a Garcilaso, con tal exactitud y tantos detalles, un cuadro verdaderamente “histórico”. En esto nos parece que un cronista como Cieza de León, aunque haya podido consultar sólo informadores imperfectos, presenta argumentos verosímiles y razonables:

“Quiero volver con mi escritura a contar lo que hobo desde Manco Cápac hasta Guáscar, como atrás prometí, Y así, déste como de otros no dan mucha noticia los orejones, porque, a la verdad, *hicieron pocas cosas*; porque los inventores de lo escrito y los más valerosos de todos ellos fueron Inca Yupanqui y Tupac Inca, su hijo y Guayna Cápac su nieto; aunque también *lo debe causar la razón*, que ya tengo escrita, *de ser éstos los más modernos* ²¹.

Frente a aquella misma dificultad que experimentó Tito Livio para el período legendario que precede a la monarquía etrusca, cabe preguntarse si Garcilaso no recurrió a procedimientos análogos de construcción histórica. En el historiador romano, la invención de los orígenes se inscribe dentro de un marco estructurado y funcional preciso, que merece ser comparado con el del Inca.

El primer rey ofrece visiblemente la definición funcional más rica, ya que, para los Incas tanto como en Roma, se caracteriza como un fundador, en todos los dominios. En ambos casos tiene un origen divino, más explícito para Manco Cápac, hijo del sol, que para Rómulo, aunque sea “bastardo” de Marte y favorecido por Júpiter. Uno y otro se establecen y establecen la futura capital en el sitio elegido por los dioses y marcado por los prodigios: el Tíber y la Loba, luego el vuelo de buitres, para Rómulo; la vara de oro del Sol que se hunde en el suelo, para el Inca. Las dos capitales se sitúan en montes idóneos para erigir los primeros templos dedicados por soberanos

21. Garcilaso conocía, y cita frecuentemente la *Primera Parte de la Crónica del Perú*, editada en 1553, pero es poco probable que haya podido leer esta segunda parte, *El señorío de los Incas*, cuyo manuscrito conoció múltiples avatares antes de su primera edición en 1880. (Cieza 1985, cap. XXXI: 110. El subrayado es nuestro).

El P. Acosta, cuya presentación confusa y en extremo sucinta justifica la crítica de Garcilaso contra los cronistas españoles, atestigüa, sin embargo, por ende mismo, las dificultades de la documentación acerca de los primeros Incas. Después del fundador mítico Manco Cápac, el P. Acosta ignora en efecto a Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Cápac y Cápac Yupanqui; el relato detallado que hace de los reinados sólo comienza verdaderamente con Pachacuti Inca, hasta el último, Guayna Cápac (Cf. Acosta 1987: 420 ss).

favorecidos por los dioses, y atraen una población de origen diverso y bárbaro, que va a recibir los beneficios de la civilización. La mención de las nuevas tribus que se agregan a los primeros habitantes del Cuzco (*Comentarios reales*, I, 17) podría recordar el “sinecismo” entre latinos y sabinos. Pero interviene aquí una diferencia muy significativa. Cuando el desarrollo y posteridad del primer poblamiento de Roma se obtienen por ardid y violencia contra las mujeres (rapto de las Sabinas: Tito Livio, I, 8), Garcilaso subraya que Manco Cápac:

“les enseñaba, persuadiéndoles con mucha eficacia, que para que entre ellos hubiese perpetua paz y concordia y no naciesen enojos y pasiones, hiciesen con todos lo que quisieran que todos hicieran con ellos [...]. Particularmente les mandó que se respetasen unos a otros en las mujeres e hijas” (I, 21).

Bien podemos ver aquí, en favor de los Incas, una crítica del modelo romano implícito, que Garcilaso desarrollará en otras ocasiones (cf. II, 5). Lo cual no impide otras comparaciones, esencialmente en el plano religioso: Rómulo era hijo de vestal (Tito Livio, I, 3, 4), mientras que Manco Cápac funda las casas de vírgenes consagradas:

“Mandó que hiciesen casa de mujeres para el sol, cuando hubiese bastante número de mujeres de la sangre real, para poblar la casa” (I, 21).

Cuando mueren, los dos reyes desaparecen en los cielos, y desde entonces son venerados como “padres” y adorados como “dioses”, aunque la teología romuliana (Tito Livio, I, 16) aparece mucho más insegura que la de los “hijos del sol”.

Este primer acercamiento puede dejar lugar a dudas: varias diferencias separan el espíritu de los dos reinados, y las semejanzas podrían originarse en rigor en la necesidad en la cual se halla Garcilaso, como lo reconoce él mismo, de colocar bajo la invocación del primer rey muchos actos “fundadores”. Sin embargo, el caracterizar a Manco Cápac, desde un punto de vista a la vez estructural y funcional, como un soberano poseedor de poderes casi mágicos, nos induce a examinar cómo se articulan con el suyo los reinados siguientes.

Inmediatamente, el nombre contradictorio del segundo Inca, Sinchi Roca, es significativo. Garcilaso se asombra de que lleve el nombre de *Sinchi*, “valiente”, ya que “no ejerció [sus fuerzas] en la guerra, que no la tuvo con

nadie” (II, 16). Tiene que recurrir al cronista Blas Valera, quien interpreta ese oscuro epíteto *Roca* como “príncipe prudente y maduro”, e insiste: el segundo rey “ensanchó sus términos”, “sin armas ni otro suceso que sea de contar”. En esta evocación muy breve, la más breve de todas, ya que ocupa un solo capítulo, el único dato que resalta es de orden puramente funcional: a un rey poderoso, creador y querido de los dioses, sucede un rey pacífico.

El tercer rey, Lloque Yupanqui, cuyo nombre significa “zurdo” y “contarás sus grandes hazañas”, se evoca más largamente (II, 17 a 20). Se le define en seguida por su carácter esencial: representa la vuelta a la fuerza guerrera. Corrigiendo la tendencia de su padre, “le pareció no remitirlo todo al ruego y a la persuasión, sino que las armas y la potencia hiciesen su parte” (II, 18). Y Garcilaso subraya que en diversas ocasiones levanta tropas de varios millares de hombres.

Notamos así que el segundo y el tercer rey inca son réplicas y casi reproducciones exactas de los dos sucesores de Rómulo. Consideremos los caracteres que Tito Livio pone en evidencia en el frontispicio de esos reinados. Numa, segundo rey (I, 19, 1):

“Hecho rey de una ciudad recién nacida, fundada por la fuerza de las armas, se dispone a establecerla sobre fundamentos nuevos: el derecho, la ley, las buenas costumbres. Pero, viendo que esta reforma no era posible en tiempos de guerra, ya que la vida militar mantiene el humor belicoso, pensó que sólo amansaría a este pueblo bravo desacostumbrándolo del oficio de las armas”.

Ya hemos tratado largamente de Numa, cuya gran figura excede evidentemente a la del pálido Sinchi Roca; sólo era preciso notar que la gran obra legislativa y religiosa que se le atribuye al segundo rey de Roma se inscribe en un trasfondo de “pacifismo” deliberado. Tullus Hostilius sucede a Numa. Rey batallador, lleva un nombre más evocador que el de Lloque Yupanqui, algo impreciso y general. Tito Livio lo caracteriza inmediatamente:

“Este rey, lejos de parecerse a su predecesor, fue aun más belicoso que Rómulo [...]. Persuadido de que Roma se extinguía en la paz, buscaba constantemente ocasiones para volver a encender la guerra” (I, 22, 2).

Sólo se puede añadir que su reinado termina mal, a diferencia del de Lloque Yupanqui, porque descuida o entienda mal sus deberes religiosos.

¿Puede efectuarse la misma comparación en el caso de los “cuartos reyes”? No es tan evidente la respuesta ya que sus reinados son menos “tipificados”, presentando aspectos más variados. Tito Livio tiene plena conciencia de ello, y así empieza su presentación de Ancus Marcius por la fórmula templada: “Pero Ancus tenía un carácter mediano, que recordaba tanto a Rómulo como a Numa” (I, 32, 4). La incertidumbre es mayor aun a principios de la crónica de Mayta Cápac:

“cuyo nombre no tiene qué interpretar, porque *Mayta* fue el nombre propio; en la lengua general no significa cosa alguna” (III, 1).

Esta relativa neutralidad del personaje se ve confirmada por sus primeros actos de soberano, que combinan la acción militar (“mandó levantar gente, y venida la primavera, salió con doce mil hombres de guerra”) y manifestaciones diversas de su ánimo liberal y magnífico, manso y amoroso” (*ibid.*). No estamos lejos de la “ambivalencia” de Ancus.

Existe, sin embargo, y mucho más explícito, un conjunto de rasgos comunes a los dos reyes: su preocupación por el bienestar y el incremento de la población, su deseo de extender y enriquecer el territorio, su papel de constructores. Así, Ancus varias veces transplanta a poblaciones (Tito Livio, I, 33, 1-2) y, “sin contentarse con ensanchar a Roma, el rey extendió también los límites de su territorio” (I, 33, 9). Al fundador Ostia, abre Roma al Mediterráneo; manda componer la colina Aventino y reunirla con el Palatino. Fortifica el Janículo con murallas y, punto importante:

“Fue decidido protegerlo por una muralla y, además, para que sea de acceso más fácil, reunirlo con Roma por un puente de madera, el primer puente que se hizo sobre el Tíber” (I, 33, 6).

Mayta Cápac, por su cuenta, es el primer rey inca que conquista provincias ricas y pobladas (III, 5), que instala poblaciones en los valles recién anejados (Chuquiapu, III, 7; Arequipa, III, 9). Durante sus viajes, descubre los monumentos espléndidos de Tiahuanacu (III, 1) y da “traza a los pueblos que se poblaron” (III, 7). Y sobre todo, Garcilaso describe larga y magníficamente sus obras maestras: el primer puente de mimbre que se hizo para pasar el Apurímac —“la primera puente de mimbre que en el Perú se hizo por orden de los Incas” (III, 7 y 8)— y la calzada en la ciénaga de Contisuyu (III, 8).

Los cuartos reyes pues, si no son “pontífices”, al menos son “hacedores de puentes”, por un acto de arquitecto (Mayta Cápac es el ingeniero de la obra: “Dióles la traza cómo se había de hacer...”; “El mismo Inca trabajaba en la obra, así en dar la industria como en ayudar...”), pero sobre todo por un acto político de soberanos preocupados por la unidad política, económica y social de un dominio en plena expansión. Nuevamente, pues coincide la figura del rey inca con la de su homólogo romano.

Se habrá notado que acabamos de hacer, del relato de los cuatro primeros reinados de Roma y del Cuzco, una lectura estructural comparada, análoga a aquella que el famoso comparatista Georges Dumézil propone para la primitiva historia romana, por una parte, y por otra para la tripartición funcional que es, en la mitología y religión de diferentes pueblos, el legado indo-europeo. Dumézil ha expuesto larga y claramente el proceso de esta transposición de un pensamiento mítico preexistente al dominio “nacional e histórico” de Roma:

“Tomado en conjunto, este marco de cuatro puestos delinea una filosofía político-religiosa precisa: 1º un rey semi-dios, ardiente, inquietante, y luego su antítesis el rey muy humano y cuerdo, fundan sucesivamente la ciudad, uno *auspicius* y en la guerra, el otro, jurista, *legibus et sacris*, y en la paz [...]; 2º fundada ya la ciudad por estos dos favoritos de Júpiter, llega entonces un rey, no sólo belicoso, sino técnico de la guerra, y cuyo servicio consiste únicamente en dotar a Roma con un ejército y un arte militar perfeccionados; 3º por fin aparece un rey cuya preocupación es la del comercio, el bienestar, los edificios, y también la muchedumbre, la masa de los *populares*. Se ve claramente que aquí aparece, distribuido en el tiempo, expresado bajo forma de creación humana progresiva, el esquema que, desde los tiempos indo-europeos, servía a los pensadores para analizar armoniosamente la realidad tanto cósmica y mítica como social y escatológica; el mismo esquema que otros muchos pueblos de la familia utilizaron también como orden cronológico para exponer sus ‘orígenes’.” (Dumézil 1968: 274)

Pero advertimos, para evitar cualquier malentendido, que, al subrayar el parentesco de nuestro análisis con el de Dumézil, no queremos, de ningún modo, sugerir que Garcilaso se inspira del esquema indo-europeo, y aun menos que los Incas hubieran tenido una visión del mundo organizada según el principio de una tripartición funcional que abarca el doble aspecto, mágico y religioso, de la primera función. El mismo Dumézil advirtió repetidas veces que semejante visión era propia de los pueblos indo-europeos, y es evidente que, en el caso de los Incas, no puede haber legado, ni imitación. A no ser

que se admita un encuentro fortuito, tan preciso que sería asombroso y, para decirlo de una vez, inverosímil, queda una sola explicación: el mismo Garcilaso conocía con bastante familiaridad la historia de la Roma primitiva, por Tito Livio o la *Eneida*, como para sacar de ella el esquema organizador de esos cuatro reinados. Para los primeros reyes de su país, exactamente como los historiadores romanos, sólo disponía a lo más de leyendas confusas y esparcidas que le dejaban una máxima libertad de “montaje” y presentación. ¿Valoraríamos con exceso la impregnación antigua de su cultura si reconocemos que Garcilaso pudo aplicar a igual material igual agudeza en el análisis, y que, conservando su mismo esquema, pudo transferir de un mundo a otro, no un material bruto cualquiera, sino su sistemática elaboración? ¿Sería anacronismo concederle a Garcilaso un arte “estructural” de la lectura de los escritores antiguos?

No creemos tal. Efectivamente no es de poca importancia el descubrimiento, por ciertos autores del Renacimiento, de los principios que organizan y rigen los relatos de la Antigüedad. Bástenos evocar al más famoso de aquellos analistas políticos: Maquiavelo, comentador de los primeros *Libros* de Tito Livio:

“Si consideramos con atención el carácter y conducta de los tres primeros reyes de Roma, Rómulo, Numa y Tullus, sólo podemos contemplar la dicha extremada de aquella ciudad. Rómulo, príncipe belicoso, de ánimo feroz, tiene como sucesor un príncipe religioso y apacible. El cual es sucedido por un tercero tan feroz como Rómulo, y más adicto a la guerra que a la paz. Necesitaba Roma, en los primeros años de su fundación, de un legislador que regulara sus instituciones y sus leyes, así civiles como religiosas; pero era también necesario que los demás reyes volvieresen a la *virtú* militar de Rómulo, para impedir que se relajase y fuera presa de sus vecinos” (*Discurso sobre la Primera Década de Tito Livio*, c. 19).

Aquello que Maquiavelo distingue e identifica con tanta claridad, no nos parece improbable que Garcilaso, que tantas veces se inspira de la fuente romana, lo haya percibido también, para transferirlo de una historia a otra²².

22. Se notará que, tanto en Tito Livio como en Garcilaso, el período verdaderamente histórico empieza después del cuarto reinado. Para los romanos, empieza la dinastía etrusca de los Tarquinos y, para los Incas, bajo Cápac Yupanqui es cuando, por primera vez, los pueblos conquistados empiezan a existir por sí mismos, distinguiéndose por su resistencia y debate.

En la dedicatoria de su *Crónica del Perú* (1553), Pedro Cieza de León confesaba su impotencia frente a su tarea; si su humildad es más bien retórica, el significado de la misma, sin embargo, resulta, al concluir ese estudio, plenario y auténtico:

“Para decir las admirables cosas que en este reino del Perú ha habido y hay conviniera que las escribiera un Tito Livio o Valerio, o otro de los grandes escritores que ha habido en el mundo, y aun éstos se vieran en trabajo de lo contar” (Cieza de León [1553] 1985: 58).

Medio siglo más tarde ¿no iba a ser el Inca Garcilaso a la vez el Tito Livio y el Valerio Máximo²³ anhelados por su predecesor? Nos parece que hemos descubierto algunas razones para opinar así, tanto más cuanto que este primer trabajo dejó de lado más de un aspecto de la obra que pediría, sin duda, otra exégesis del mismo tipo. Entre los rasgos de posible influencia de los antiguos, notemos:

- el eventual recuerdo de Herodoto, descubridor de la lejana Persia, o de Plinio el Viejo, introductor en Roma de los *mirabilia* más diversos, para los pasajes “etnográficos” en que Garcilaso insiste sobre la singularidad de las costumbres y modo de vivir de los indígenas²⁴;
- el carácter necesariamente más “taciteano” que “liviano” de la II da Parte de los *Comentarios reales*, consagrada a los desarrollos, avatares y torpezas de la conquista española, que no se estudió aquí;
- la notable correspondencia numérica y simbólica entre los “doce Césares” de Suetonio y la lista de los reyes incas, ensanchada a doce por Garcilaso:

23. No se menciona a Valerio Máximo en el inventario de la biblioteca del Inca. Pero queda bien establecido que, desde la Edad Media, sus *Factorum et dictorum memorabilium libri novem*, también ampliamente inspirados de Tito Livio, conocieron entre los medios cultos de toda Europa un éxito considerable. Cf. Roberto Faranda, “Introducción” a la edición de Valerio Máximo, Roma, 1971.

24. Acerca de este “rodeo por Plinio” en la visión científica del Nuevo Mundo que presenta el Padre Acosta, y antes ya Pedro Martyr y Gonzalo Fernández de Oviedo, cf. Mustapha (1989: 293-296). Plinio “facilita una reserva de hechos”, acreditando las aseveraciones del P. Acosta, y a veces la superioridad del Nuevo Mundo sobre el Antiguo. “Constituye la referencia esencial por la cual se apodera del Nuevo Mundo”. La obra de Acosta presenta “ora una comparación alusiva, ora [...] una descripción según un esquema pliniano”; por ejemplo su descripción del banano supone, “subyacente, una lectura de Plinio”. Se nota el paralelismo de este recurso naturalista a una obra anterior con el recurso histórico que analizamos aquí.

¿Sería ésta una de las razones del “desdoblamiento” de Pachacútec, que Garcilaso justifica insistentemente (VI, 34)?

En su estado actual, la investigación que presentamos puede facilitar una respuesta sin equívoco a las principales preguntas que planteamos al principio de nuestro estudio: la referencia repetida —confesada o no, puntual o estructural, profunda o anecdótica— a la historia y los héroes de la Antigüedad apunta mucho más lejos que a un sencillo “valor de amenidad”, y ensancha singularmente los espacios intertextuales ya reconocidos en la trama de los *Comentarios reales*.

Sería difícil, de hecho, entender bien la función de sus referencias a la Antigüedad, si se olvidara el “providencialismo” de Garcilaso. El primer motor de todas las comparaciones, explícitas o implícitas, que hemos intentado descifrar, es demostrar que los Incas, como los paganos de Roma, han tenido en el designio de Dios sobre la Historia un papel positivo y propedéutico: la acción civilizadora de Roma preparó el triunfo del cristianismo en el universo habitado de los antiguos, y la acción de los Incas abrió camino a la hispanización, es decir a la cristianización del Nuevo Mundo. Es dentro de esta perspectiva que el “patriotismo inca” de Garcilaso cobra su pleno sentido, indisolublemente ligado a su ambición literaria e histórica: hispanizado, por cierto, pero radicalmente Inca, es el primero y el último en poder salvar del olvido las hazañas de su pueblo.

Desde este punto de vista, sería legítimo preguntarnos si Garcilaso no sacó de la lectura de Plutarco, tantas veces alegado durante el Renacimiento, y del que hemos reconocido varios ecos precisos, una doble lección: lección de moral evidente dada por los héroes sucesivos ensalzados por el biógrafo griego: César, pero también Rómulo, Numa, Camilo, Coriolano, hasta Antonio; lección más general, y más profunda, de los paralelos que Plutarco establece entre los grandes nombres de Grecia y los de Roma, mostrando así que los primeros, en muchos casos, valieron más que los segundos. Los paralelos de Garcilaso, aunque menos explícitos, igualan también los Incas a los romanos. Más: como lo han demostrado al menos dos homologías estructurales entre largos extractos de Tito Livio y Garcilaso, no sólo los individuos, sino la historia toda de los Incas se eleva a la dignidad de la Historia más alta: la de la República romana²⁵.

25. Advertimos que esta referencia primordial a la República no aparece nunca expresamente, cuando Garcilaso, como lo hemos visto, menciona varias veces a “los Césares”: rastro suplementario, sin duda, de la importancia del modelo cesariano.

San Agustín (o sus comentaristas del Renacimiento) y su teología de la Historia; Julio César, general y escritor; Plutarco y sus paralelos; Tito Livio y la ambición de una Historia total: el Inca no desperdició ninguna de estas fuentes de inspiración. El leyó y meditó profundamente y por cuenta propia, las obras de aquellos escritores fundamentales, logrando en su obra una síntesis muy personal.

Resulta de ello, como ya lo hemos dicho, que no se deben tomar al pie de la letra todos los relatos que nos propone, y en particular los que tocan al principio de la dinastía. Pero lo que se pierde de verdad histórica “objetiva”, se recobra por una historia “en segundo grado”: la de una mente y una cultura. Así G. Dumézil, al quitarles a los reyes latinos y sabinos sus jirones de historicidad, devolvió a los estudiosos la *Weltanschauung* indo-europea, tal como se encarnaba en Roma, en los relatos de la tradición histórica y nacional.

Esta visión del mundo, en Garcilaso, se interesa menos por los acontecimientos que por las series significativas, y más por los arquetipos que por los individuos. Nos ofrece así un “manual de buen uso” de la lectura de los antiguos, que consideraremos una vez más: cuando vuelve a tomar, adaptándolo a su propósito, el esquema de las aventuras de Camilo, víctima de los romanos y salvador de Roma, para engrandecer la trayectoria de Viracocha, trata indudablemente de deleitar enseñando. Pero esta “enseñanza” se coloca en el plano de una lección general de Historia, no de una erudición de “anticuario”. No debe extrañar pues el que no identifique formalmente su modelo, nombrando al héroe latino; por lo demás, Viracocha, ya lo hemos visto, también es asimilado a Trajano, cuyos triunfos y virtudes comparte. Este fenómeno de identificación doble, y hasta múltiple, que hemos reconocido también en la figura de Numa, modelo de los reyes clementes y pacíficos y luego, en cierto sentido, de casi todos los reyes incas, muestra claramente que Garcilaso trasciende la comparación individual para crear, más allá de los siglos y los “mundos”, un universo de referencias comunes²⁶.

26. Garcilaso va aun más allá de una equivalencia estricta entre Incas y romanos, extendiéndola a la Antigüedad en su conjunto: así lo atestigua su “Carta-Prólogo” a la *Segunda parte de los Comentarios reales* (1962, I: 56): “Los Incas, que bien pudieran competir con los Daríos de Persia, Ptolomeos de Egipto, Alejandro de Grecia, y Cipiones de Roma”. Este ensanche puede encontrar su fuente en Polibio, (“Prefacio”, Lib. I, 2).

Por supuesto, no se trata de “recuperar” a Garcilaso para el campo occidental, ignorando o negando los aspectos más evidentes de sus referencias peruanas y el ejemplo nuevo que propone, de una escritura “americana”, que los trabajos de Julio Ortega, E. Pupo-Walker y Raquel Chang-Rodríguez han puesto en evidencia (Ortega 1977 y Pupo-Walker 1982: 123)²⁷. Hasta los críticos más severos de la empresa garcilasiana le reconocen el valor particular de una defensa e ilustración del pasado inca. Así Nathan Wachtel: “Asimiló por completo la cultura occidental, a cuyas categorías somete las tradiciones de sus sociedad de origen. [...] Reconstruye el pasado inca para integrarlo en una visión providencialista de la historia humana [...]. Aun en Garcilaso la aculturación no significa una conversión integral al hispanismo; no se vive como renuncia a la identidad india, sino que sirve como arma, al contrario, para defender e ilustrar la civilización inca” (Wachtel 1971a: 26, 793-840 y 1971b: 244-245).

Mostrar que el mestizo peruano es un ejemplo complejo de integración, o aculturación, no suprime la intención apologética de su obra. Al contrario, la asimilación de una cultura diferente le permite una eficacia mayor por sus referencias a la cultura de su tiempo, para un público familiarizado con semejantes transposiciones. Y tal vez sea por medio de esta simbiosis perfecta que su obra alcanza un valor universal. Al igualar el destino del pueblo e imperio incas con el del imperio más poderoso que conoció la historia humana, el Inca Garcilaso asegura su propia imagen, estableciéndola para la posteridad. Si el Cuzco es otra Roma, si los Incas sus antepasados aparecen comparables, y hasta superiores en algunos puntos, a los reyes de la antigua Roma y a sus próceres, entonces Garcilaso su descendiente se halla, por su linaje, en un pie de igualdad con los héroes romanos —de los que no desmerecen sus propias hazañas militares. Por otra parte, al perpetuar por escrito esta historia peruana, aquello mismo que los historiadores grecorromanos realizaron en su época, Garcilaso llega a ser el igual de los escritores más famosos de la Antigüedad; la grandeza del imperio inca garantiza la grandeza y legitimidad de su empresa, y el Inca puede entonces evocar el patrocinio de Julio César:

27. También Pupo-Walker: “El Inca en gran medida escribió desde sí mismo aunque valiéndose de otros, pero siempre a sabiendas de que las perspectivas contradictorias que habrían de surgir, sólo podían quedar reconciliadas en la efectividad misma del proceso narrativo”, (Pupo-Walker 1982: 196). Aunque Raquel Chang-Rodríguez, (1988) no trata de los *Comentarios reales* se consagra a “Tres cronistas indígenas del Perú”, su análisis de la “toma” y “apropiación” de una escritura radicalmente extranjera puede aplicarse, en muchos puntos, a Garcilaso.

“Por ser estas facultades tan heroicas corren lanzas parejas, como se ve en el muchas veces grande Julio César, que las ejercitó ambas con tantas ventajas, que no se determina en cuál de ellas fue más grande” (VII, 8).

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA S.J., José de
[1590] 1987 *Historia natural y moral de las Indias*, edición de José Alcina Franch, Historia 16, Madrid.
- CIEZA DE LEON, Pedro de
[1590] 1985 *El señorío de los Incas*. Historia 16, Edición de Manuel Ballesteros, Madrid.
- CHANG-RODRIGUEZ, Raquel
1988 *La apropiación del signo*, Arizona State University.
- DUMEZIL, Georges
1986 *Mythe et épopée*, París.
- DUPONT, Florence
1989 *La vie quotidienne du citoyen comain sous la République*, París.
- DURAND, José
1948 “La biblioteca del Inca”, *Nueva revista de filología hispánica*, II, Nos. 239-264, México.
1949 “Apostillas sobre la biblioteca del Inca”, *Nueva revista de filología hispánica*, III, Nº 2: 166-170, México.
1962 Introducción a Garcilaso a 1962.
- DURAND, L.F.
1982 “L’historien Garcilaso”, Introducción a Garcilaso 1982.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca
[1605] 1956 *La Florida del Inca: historia del adelantado Hernando de Soto...* Prólogo de Aurelio Miró Quesada; estudio bibliográfico de José Durand, edición y notas de Susana Speratti Piñero, Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana) México.
[1609] 1982 *Commentaires Royaux des Incas*, Trad. L.F. Durand, ed. FM/ La Découverte, París.

[1619] 1962 *Historia general del Perú. Segunda parte de Los Comentarios Reales de los Incas*, estudio preliminar y notas de José Durand, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

GUEVARA, Antonio de
1966 *Una década de Césares*, Joseph R. Jones editor, Paper Hill.

GUIZZI, Francesco
1968 *Aspetti giuridici del sacerdozio romano: il sacerdozio di Vesta*, Nápoles.

JONES, Joseph R.
1971 *Plutarch and Rome*, Oxford

MARTINO, Francesco de
1975 *Storia della costituzione romana*, Nápoles.

MEXIA, Pero
1989 *Silva de varia lección*, Antonio Castro editor, Madrid.

MIRO QUESADA, Aurelio
1971 *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilacistas*, Madrid.

MOMIGLIANO, Arnaldo
1983 "La redécouverte de Polybe en Europe occidentale", *Problemes d'historiographie ancienne et moderne*, París.

MUSTAPHA, Monique
1989 *Humanisme et Nouveau Monde. Etudes sur le pensée de José de Acosta*, These dactylographiée, París.

ORTEGA, Julio
1977 "El Inca Garcilaso y el discurso de la cultura", *Prismal*, I.

PUPO-WALKER, Enrique
1982 *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*, Madrid.

RIVA-AGÜERO, José de la
1962 "Estudios de literatura peruana. Del Inca Garcilaso a Eguren",
Obras completas, II, Pontificia Universidad Católica del Perú,
Lima.

WACHTEL, Nathan
1971a "Pensé sauvage et acculturation", *Annales*, 26 (793-840), París.

1971b *La vision des vaincus*, Gallimard, París.